

# La valoración del paisaje en Unamuno: claves geográficas y dimensiones simbólicas<sup>1</sup>

NICOLÁS ORTEGA CANTERO<sup>2</sup> ✉

Recibido: 16/11/2015 | Aceptado: 22/04/2016

## Resumen

Dentro del grupo de escritores españoles de la denominada generación del 98, interesados por el paisaje y sus relaciones con la identidad nacional, Miguel de Unamuno (1864-1936) ocupó un lugar destacado. Se acercó al paisaje a través de una extensa práctica excursionista, y ofreció de él en su obra imágenes muy valiosas, geográficamente solventes, explicativas y comprensivas al tiempo, con importantes dimensiones metafóricas y simbólicas, conectadas con su horizonte patriótico y nacional. Este artículo se dedica a considerar las características principales de esa visión del paisaje español de Unamuno.

---

Palabras Clave: Miguel de Unamuno; paisaje de España; identidad nacional; simbolismo del paisaje; geografía moderna.

---

## Abstract

*The assessment of the landscape in Unamuno: geographical keys and symbolic dimensions*

Within the group of Spanish writers of the so-called Generation of '98, all interested in the landscape and its relations with national identity, Miguel de Unamuno (1864-1936) occupied a prominent place. He approached the landscape through an extensive practice of excursions, and he offered in his work valuable images, geographically solvents, with explanation and understanding, and with important metaphorical and symbolic dimensions, connected with his patriotic and national horizon. This article considers the main features of this Unamuno's Spanish landscape vision.

---

Key Words: Miguel de Unamuno; Spain landscape; national identity; symbolism of the landscape; modern geography.

---

## Résumé

*La valorisation du paysage chez Unamuno: clés géographiques et dimensions symboliques*

Parmi le groupe des écrivains espagnols de la génération connue comme de 98, tous préoccupés par le paysage et ses relations avec l'identité nationale, Miguel de Unamuno (1864-1936) occupe une place prépondérante. Il s'est approché du paysage à travers une vaste pratique de randon-

---

1. Este artículo se ha realizado dentro del Proyecto de Investigación CSO2012-38425, financiado por el Ministerio de Economía y Competitividad.

2. Universidad Autónoma de Madrid. ortegacantero@gmail.com

neur, et il fournit des images de paysage de grande valeur, géographiquement bien fondées, et simultanément explicatives et compréhensives, et avec des dimensions métaphoriques et symboliques importantes, liées à son horizon patriotique et nationale. Cet article est consacré à l'examen des principales caractéristiques de cette vision du paysage espagnol d'Unamuno.

---

Mots-Clés: Miguel de Unamuno; paysage de l'Espagne; identité nationale; symbolisme du paysage; géographie moderne.

---

Frente a la crisis nacional española de finales del siglo XIX, los escritores de la denominada generación del 98 mostraron una actitud reformista o, como se decía entonces, «regeneracionista», y se dedicaron a buscar, más allá de las apariencias, las claves verdaderas de la identidad colectiva. Concedieron una gran importancia al conocimiento de la realidad geográfica, y se interesaron especialmente por el paisaje, del que propusieron imágenes innovadoras y valiosas, acordes con el punto de vista promovido por la geografía moderna desde tiempos de Humboldt. Miguel de Unamuno (1864-1936) ocupó un lugar destacado dentro de ese grupo de escritores, y su acercamiento al paisaje, aunando la perspectiva racional y explicativa y la perspectiva sentimental y comprensiva, es un acabado ejemplo de la incorporación del horizonte geográfico moderno al paisajismo del 98. Partiendo de la convicción de que era necesario un mejor conocimiento de la realidad natural e histórica de España, e incorporando un conjunto de influencias intelectuales en las que los puntos de vista del paisajismo geográfico moderno estuvieron muy presentes, Unamuno conformó, a través de su nutrida experiencia excursionista, una imagen sumamente valiosa del paisaje de España. El trabajo que sigue se dedica a estudiar las principales características de la visión del paisaje de España ofrecida por Unamuno.

El artículo se inscribe en el horizonte de los estudios que se han interesado desde hace algún tiempo por considerar la caracterización de las dimensiones geográficas y paisajísticas de las expresiones artísticas, pictóricas y literarias, y su orientación teórica y metodológica se asemeja en lo fundamental a la adoptada en tales estudios. En ese horizonte, y partiendo de la afirmación del interés que tiene para el conocimiento geográfico entender las claves de las dimensiones geográficas y paisajísticas presentes en determinadas obras literarias (Pocock, 1981, 1988), que constituyen por lo demás manifestaciones concretas de lo que algunos autores, siguiendo a Hugh C. Prince, han denominado «imaginación geográfica» (Prince, 1962; Daniels, 2011), se han llevado a cabo diversos estudios centrados en autores o grupos de autores que se han considerado significativos en ese sentido. A título de ejemplo, pueden recordarse aquí los dedicados, en España, a la generación del 98 y a algunos de sus componentes (García Fernández, 1985; López Ontiveros, 2010; Martínez de Pisón, 1973, 2012; Ortega Cantero, 2002, 2007; Zulueta Artaloytia, 1988) y a escritores como Joan Maragall y Josep Pla (Tort i Donada, 2006, 2010), o, fuera de España, los que se han centrado en la obra de autores como Iván Turguénev, John Ruskin, Thomas Hardy o Arnold Bennett (Paul, 1987; Cosgrove, 1979; Jones, 1987; Hudson, 1982).

La perspectiva metodológica de este artículo, fundamentalmente acorde con la que se encuentra en ese tipo de estudios, puede resumirse en los siguientes términos. Junto a la consideración de las fuentes secundarias de mayor relevancia relacionadas con la personalidad intelectual y la curiosidad hacia el paisaje de Unamuno, el estudio se ha apoyado ante todo en el análisis y en la interpretación de sus textos de signo paisajístico, procurando en todo momento contextualizar ese acercamiento a su obra en un doble sentido, histórico y cultural, prestando así atención tanto a su conexión con los movimientos regeneracionistas de su tiempo, como a su relación con la

tradición paisajística moderna iniciada en España por Francisco Giner y la Institución Libre de Enseñanza. Además, este planteamiento se ha acompañado en todo momento por la aplicación de una perspectiva comparativa, conectando los textos de Unamuno con los procedentes del paisajismo geográfico moderno, teniendo en cuenta no sólo sus contenidos, sino también los modos retóricos de sus respectivos discursos, lo que ha permitido detectar correspondencias y similitudes significativas. De esa manera, a través de los procedimientos metodológicos indicados —análisis, interpretación, contextualización y comparación—, se ha vertebrado el estudio que sigue de las claves geográficas y las dimensiones simbólicas del paisajismo de Unamuno.

## 1. Excursionismo y conocimiento geográfico

Los escritores de la generación del 98 fueron en España los primeros intelectuales en sentido moderno, siguiendo el modelo acuñado en Francia poco antes a propósito del «affaire Dreyfus». Dentro de ese grupo de escritores, Unamuno desempeñó un papel importante, e incluso fue, según E. Inman Fox, el primero en utilizar en España el término «intelectual» (Fox, 1988: 18-22). En noviembre de 1898, el propio Unamuno se consideró incluido entre «los llamados, con más o menos justicia, intelectuales», los únicos que, junto a algunos hombres públicos, hablaban de «la regeneración de España», que era, añadía, tras la derrota en el conflicto con los Estados Unidos y la consiguiente pérdida de las colonias, «el tema de última hora» (Unamuno, 1966: 940)<sup>3</sup>. Stephen G. H. Roberts ha afirmado que fue «el pionero intelectual moderno de España», y se ha referido a «la importancia y originalidad de Unamuno como intelectual», añadiendo además que ese papel fue un «fundamental principio organizador de toda su vida y obra y punto clave para una comprensión más profunda y completa de sus escritos» (Roberts, 2007: 13-14).

No tenía dudas Unamuno sobre lo que debía ser la principal dedicación de esos intelectuales modernos de los que formaba parte destacada. Hablando precisamente de regeneración, también en noviembre de 1898, dijo que su deber no era empeñarse en «modelar al pueblo bajo este o el otro plan, casi siempre jacobino», sino «estudiarle por dentro, tratando de descubrir las raíces de su espíritu» (Unamuno, 1968a: 699). «España está por descubrir», escribió Unamuno en 1895; y añadió: «Se ignora el paisaje, y el paisanaje y la vida toda de nuestro pueblo» (Unamuno, 1966: 866). Veinte años después, en 1915, su opinión no había variado demasiado: «España está, en gran parte, todavía por descubrir y no menos en el aspecto pintoresco que en otros diversos aspectos» (Unamuno, 1966: 617).

Y en la labor de estudio, de conocimiento, que emprendió para remediar ese lamentable desconocimiento, Unamuno tuvo muy presentes las correspondencias que cabía establecer entre la sociedad —o el pueblo, como él decía— y las realidades geográficas y paisajísticas en las que se insertaba y se desenvolvía. *En torno al casticismo*, inicialmente publicada en 1895 en *La España Moderna*, es un buen ejemplo en este sentido. Como ha advertido Jon Juaristi, esta obra ofreció «una muy personal teoría de España», principalmente referida «a la vida de aldea y al paisaje castellano», en la que se encuentran continuamente relacionadas las realidades geográficas y las humanas y sociales, las características paisajísticas de Castilla y las de sus habitantes (Juaristi,

3. La mayor parte de las citas de Unamuno incluidas en este artículo proceden de la edición de sus *Obras completas* dirigida por Manuel García Blanco y publicada en 9 tomos por Escelicer entre 1966 y 1971, que incluye en el primero de ellos sus cinco libros exclusivamente paisajísticos: *Paisajes*, 1902 (55-82), *De mi país*, 1903 (83-179), *Por tierras de Portugal y de España*, 1911 (181-341), *Andanzas y visiones españolas*, 1922 (343-500), y *Paisajes del alma* (501-727), versión ampliada de la que compuso en 1944, con carácter póstumo, el propio García Blanco. Las referencias bibliográficas del texto remiten, en las citas de esa procedencia, al tomo correspondiente de esas *Obras completas*.

2012: 235). Estudiar la realidad social requería estudiar los factores que habían contribuido a conformar sus principales características, y entre esos factores se encontraban en un lugar destacado los geográficos, expresados visualmente en el paisaje. *En torno al casticismo* es una acabada muestra de esa perspectiva: las condiciones geográficas y la caracterización paisajística de Castilla aparecen como factores principales de la conformación del carácter de los castellanos.

Unamuno sintió con claridad la necesidad de conocer mejor la realidad española, indisociable de las condiciones geográficas y de las expresiones paisajísticas en las que se encontraba inscrita, y de ahí que no dudara en aceptar la idea de que la geografía y el paisaje eran una ayuda valiosa para llegar al conocimiento de España que perseguía. Había en la perspectiva intelectual de Unamuno, por tanto, una dimensión geográfica notable, un punto de vista geográfico que comparte en buena medida con sus compañeros de generación. Porque todos los escritores del 98 manifestaron una marcada orientación geográfica en su obra (Ortega Cantero, 2007), y esa orientación fue muy patente en Unamuno, de quien se ha dicho con razón, por ejemplo, a propósito de su relato sobre Las Hurdes, que describía el paisaje «como lo haría el geógrafo más experto» (López Ontiveros, 2010: 106). Y algo parecido ha advertido Santos Juliá a propósito de las imágenes de Castilla de *En torno al casticismo*: «Unamuno describe el paisaje como un geógrafo físico particularmente dotado para la evocación de lugares, y trata luego de las diferentes formas de vida como un consumado experto en geografía humana». Al igual que podría haber hecho un geógrafo de su tiempo, aunque seguramente con mayor destreza literaria, Unamuno ofrece en ese escrito una «reconstrucción pormenorizada, hermosa, de una forma de vida integrada en un paisaje, un clima, una historia» (Juliá, 2000: 241-242).

El interés geográfico de Unamuno aparece con frecuencia en sus escritos, sobre todo en sus libros de viajes —o de paisajes—, dedicados a relatar sus experiencias excursionistas, y el propio autor habla en ellos en algunas ocasiones de su intención de actuar en consecuencia con ese interés, es decir, como lo haría un geógrafo. Sobre las Hurdes, por ejemplo, que visitó en 1913 en compañía de Jacques Chevalier y Maurice Legendre, dijo que era difícil encontrar «otra comarca más a propósito para estudiar geografía viva, dinámica, la acción erosiva de las aguas, la formación de los arribes, hoces y encañadas» (Unamuno, 1966: 407). En otra ocasión, en la cumbre de la Peña de Francia, con «la llanada de Salamanca» al Norte, y «las abruptas sierras de las Hurdes» y «la sabana de Extremadura» al Sur, se dedica «a contemplar los pueblecillos, a hacer geografía» (Unamuno, 1966: 357).

Esa curiosidad geográfica se proyecta luego en descripciones e interpretaciones que lo son igualmente. Es el Unamuno geógrafo, que los geógrafos que se han acercado al estudio de su obra han distinguido sin dificultad. Antonio López Ontiveros, por ejemplo, se refirió a la presencia en su obra de «panorámicas o *tours d'horizon*», de raigambre geográfica, en las que se visualiza el paisaje «como en un plano catastral», y no dudó en caracterizar de «perfecta monografía geográfica, en su estructura y desarrollo», su escrito sobre las Hurdes (López Ontiveros, 2010: 84 y 105). Y Eduardo Martínez de Pisón ha distinguido «el espíritu latente de la geografía» en las descripciones del paisaje ofrecidas por Unamuno, y ha considerado la que dedicó al valle de Pas como un ejemplo expresivo de la que denomina «geografía evocadora» (Martínez de Pisón, 2012: 54).

Esta última opinión, con su atinada referencia al espíritu latente de la geografía, nos acerca a un aspecto verdaderamente interesante: las modalidades que adquiere la presencia del punto de vista geográfico en la obra de Unamuno. En ocasiones, aparece de forma expresa, pero otras muchas lo hace de manera soterrada, latente, sin dejarse ver inmediatamente, en términos muy parecidos a

los de la «reminiscencia» de la que habló Severo Sarduy. Porque se trata también en este caso de una presencia sutil, mediata, en la que lo incorporado se funde al texto receptor, «indistinguible, sin imponer sus marcas, su autoridad de cuerpo extraño en la superficie», pero influyendo sustancialmente en él (Sarduy, 1972: 177-178). De un modo u otro, con una presencia más directa o más sutil, lo cierto es que la obra de Unamuno comprende un punto de vista geográfico muy activo, e inseparable de su modo de entender el paisaje. Ambas dimensiones, la geográfica y la paisajística, deben ser relacionadas con un conjunto de precedentes e influencias que permiten aclarar su entidad y su significado en el horizonte intelectual de Unamuno.

Lo primero que conviene señalar en ese sentido es la conexión de la perspectiva geográfica y paisajística de Unamuno con los planteamientos de Francisco Giner y la Institución Libre de Enseñanza, que supusieron la introducción en España de la visión geográfica moderna del paisaje, iniciada por Humboldt. Apoyándose en esa perspectiva geográfica, empeñada en atender al tiempo a lo que el paisaje *es* y a lo que *significa*, a sus formas visibles y a sus valores invisibles, el círculo gineriano e institucionista ofreció una imagen renovada, enteramente moderna, del paisaje español y, en particular, del paisaje castellano. Esa imagen adquirió además, siguiendo también en esto el punto de vista de la geografía moderna, un notable valor identitario y nacional: en la medida en que afirmaron la existencia de continuas correspondencias entre el paisaje y los grupos humanos que se desenvolvían en él, entendieron que acercarse al primero era un modo de acercarse también al pueblo español, a su carácter y a su historia. De ahí que el paisaje desempeñase un papel importante en la búsqueda gineriana e institucionista de los rasgos característicos de la identidad nacional, orientada en todo momento por una intención nacionalista de signo liberal y progresista (Ortega Cantero, 2012: 675-689).

Ese modo gineriano e institucionista de ver y valorar el paisaje, prestando atención tanto a sus valores naturales, históricos y culturales, como a sus cualidades simbólicas, a la posibilidad de entenderlo como un símbolo nacional e identitario, influyó directamente en los escritores de la generación del 98. Al igual que sus compañeros de generación, Unamuno deja sentir a menudo la influencia de la perspectiva gineriana e institucionista en sus consideraciones geográficas y paisajísticas. Rafael Pérez de la Dehesa señaló, en su estudio sobre el primer Unamuno, algunas de las influencias recibidas antes de 1900, entre las que situó la del krausismo, principal soporte filosófico del horizonte gineriano e institucionista, debida principalmente a su admiración y amistad con Francisco Giner y Joaquín Costa (Pérez de la Dehesa, 1966: 91-92). Y no hay que olvidar aquí la vertiente geográfica y paisajística de ambos, de Giner y de Costa, que sin duda estuvo presente en la influencia que los dos, con su trasfondo krausista, ejercieron sobre Unamuno.

Otras influencias se fueron sumando a las anteriores en el pensamiento de Unamuno. Como la de Hippolyte Taine, también temprana, que él mismo señaló a propósito de *En torno al casticismo* (García Blanco, 1966: 27), de quien le interesó especialmente su *Histoire de la littérature anglaise*, de 1864, precisamente por el sesgo geográfico de su razonamiento, verdadero modelo, en su opinión, de enfoque histórico positivo y científico, expresado principalmente en el intento de conocer la sociedad, la psicología de los pueblos, teniendo en cuenta las condiciones e influencias del medio que habita (Ardila, 2004: 85-86). Y algunas otras influencias pudieron aportarle también, de diversas maneras, perspectivas de signo geográfico y paisajístico. Fue el caso del *Obermann* de Senancour, el «libro formidable» que leyó y anotó y del que hizo, como él mismo dice, «casi un breviario» (Unamuno, 1966: 358), cuyas imágenes y vivencias del paisaje alpino le interesaron particularmente (Martel, 1964-1965: 85-89). Y fue asimismo el caso de John Ruskin, quien mostró a lo largo de su obra una muy notable «imaginación geográfica» (Cosgrove, 1979). Además de

su importante influencia en el terreno de la estética (Pérez de la Dehesa, 1966, 162), las ideas de Ruskin influyeron hondamente en la perspectiva geográfica y paisajística de Unamuno. Centrando su estudio en las dos primeras obras que consideró paisajísticamente importantes, *Paz en la guerra* y *Paisajes*, respectivamente publicadas en 1897 y 1902, Lily Litvak señaló que la influencia de Ruskin fue muy importante tanto en la concepción de la naturaleza, como, en relación directa con ella, en las descripciones paisajísticas de Unamuno (Litvak, 1973: 215-217).

Figura 1. Ramón Casas: *Retrato de Miguel de Unamuno*. Dibujo (carboncillo sobre papel).  
Hacia 1904-1905. Museo Nacional de Arte de Cataluña.



Todas las influencias señaladas ayudaron a conformar la orientación geográfica y paisajística de Unamuno. Influencias a las que debió sumarse la procedente de su lectura de algunos geógrafos destacados y en ocasiones mencionados en sus obras. Así sucedió con Élisée Reclus, cuyos escritos sobre España —y muy especialmente el incluido en el primer tomo de su *Nouvelle Géographie Universelle*, aparecido en 1876— tuvieron una notable repercusión en los círculos intelectuales españoles (Ortega Cantero y García Álvarez, 2006: 52-53). Unamuno cita tempranamente, por ejemplo, un texto de Reclus —«Les Basques, un peuple que s'en va», publicado en 1867 en la *Revue des Deux Mondes*— en su tesis doctoral sobre el origen y prehistoria de la raza vasca, leída en la Universidad de Madrid en junio de 1884 (Unamuno, 1968b: 88).

La dimensión geográfica y paisajística del horizonte intelectual de Unamuno se relacionó directamente sin duda con su manera de poner en práctica la intención de conocer mejor la realidad de España, apoyada ante todo en la práctica excursionista. Porque, para Unamuno, no había mejor

manera de conocer —y apreciar— esa realidad que acercarse personalmente a ella, ponerse en contacto directo con sus paisajes y sus gentes, expresando con ello una actitud que estaba bastante cerca de la promovida por la geografía moderna, igualmente partidaria de cimentar en la observación directa el conocimiento de las realidades estudiadas. A la hora de conocer «una patria, un pueblo», no era suficiente, según Unamuno, tener en cuenta «lo que dicen y hacen sus hombres», porque había que estudiar también «su cuerpo, su suelo, su tierra», y la mejor manera de hacerlo era viajando: no había sido en los libros donde había aprendido a conocer y a amar a España, sino recorriendo sus tierras, «visitando devotamente sus rincones» (Unamuno, 1966: 282-285). De ahí que las excursiones constituyesen un aspecto importante en el quehacer de Unamuno. «He gustado —escribía en 1932— todos los paisajes de nuestra España» (Unamuno, 1969: 679).

El excursionismo de Unamuno se inscribe en una tradición intelectual que recorrió la modernidad iniciada con el romanticismo y que hizo de la experiencia visual, como advirtieron Vincent Berdoulay y Hélène Saule-Sorbé, el fundamento de todo el conocimiento, tanto científico como artístico, de manera que no se consideró que el saber fuese anterior a la mirada, sino posterior, y se le situó en el terreno de la percepción, no en el de la proyección (Berdoulay y Saule-Sorbé, 1998: 41-42). La geografía moderna incorporó plenamente ese planteamiento, y de ahí que se la haya podido definir ante todo «como un arte de la percepción visual» (Besse, 2010: 134). Algo parecido podría decirse del conocimiento derivado de las excursiones de Unamuno, que se muestra también en gran medida como un arte de la percepción visual. En varias ocasiones, como vimos, habla Unamuno de su intención de hacer geografía en sus excursiones, de estudiar en ellas lo que denominaba geografía viva. «Miguel de Unamuno ve y muestra admirablemente», dijo Maurice Legendre, compañero de su excursión a las Hurdes de 1913, tras referirse a las notas que tomó sobre el terreno y a su posterior traducción en el correspondiente relato (Legendre, 1927: 14). Al igual que los geógrafos modernos, Unamuno apoyó su conocimiento de la realidad de España, de sus paisajes y también de sus gentes, en la experiencia visual, en la observación directa de lo estudiado, e hizo de la práctica excursionista, en consecuencia, el fundamento de ese conocimiento.

## 2. La naturaleza geográfica del paisaje

La dimensión de estudio y de conocimiento de la práctica excursionista de Unamuno se proyectó en gran medida sobre el paisaje, del que le interesaron tanto sus características físicas, naturales, como sus componentes humanos. Cuando los estudiosos de su obra se han referido a su visión del paisaje, han tendido a menudo a poner en primer plano sus ingredientes subjetivos, sentimentales, y a posponer o, en no pocas ocasiones, a ignorar lo que esa visión entrañaba de estudio y conocimiento de la realidad geográfica. Tras la publicación en 1922 de sus *Andanzas y visiones españolas*, se dijo que el paisaje de Unamuno era obra «de historiador, de poeta y de filósofo» (García Mercadal, 1929: 35). También lo era, sin duda, de geógrafo, y basta leer sus narraciones excursionistas para comprobarlo. Hay en su perspectiva intelectual un aliento geográfico notable, que se expresa con bastante claridad en sus descripciones y comentarios excursionistas y paisajísticos.

Precisamente porque incorporó los puntos de vista de la geografía moderna, el paisajismo de Unamuno, al igual que el gineriano e institucionista que le precedió e influyó, procuró en todo momento aunar la explicación y la comprensión, el ejercicio de la razón y el del sentimiento. Hay en él, desde luego, una vertiente sentimental y comprensiva importante, pero también una vertiente racional y explicativa inseparable de aquella. La observación fue el principal instrumento

utilizado por Unamuno para conocer la caracterización de los paisajes que recorrió en sus excursiones. Fue un observador atento y reflexivo, capaz no sólo de tener en cuenta los rasgos físicos y humanos de esos paisajes, sino también de jerarquizarlos e interpretar sus acciones y sus efectos. A la observación añadió las referencias escritas a la hora de acercarse a los paisajes recorridos y conocerlos. A veces fueron referencias literarias que traían a la memoria a autores que podían relacionarse con el paisaje considerado y ayudar a conocer su entidad y sus significados. Las huellas literarias son muy frecuentes en sus imágenes paisajísticas, «como si la expresión de lo que está viendo necesitara, para concretarse, alguna referencia cultural» (González Egido, 2006: 29). Ese fue justamente el papel que desempeñó ejemplarmente el *Obermann* en muchas de sus imágenes paisajísticas. Pero también hubo referencias culturales de otra índole en el paisajismo de Unamuno, desde las de carácter histórico o documental, hasta los libros de viajes, de los que podía sacarse, en su opinión, «mayor enseñanza» que de los de historia (Unamuno, 1966: 796). Observación directa y referencias culturales complementarias constituyen así los fundamentos de las imágenes del paisaje ofrecidas por Unamuno.

Su manera de describir el paisaje muestra un claro parentesco con el de la tradición geográfica moderna. A Unamuno le interesan las formas del paisaje, y ese interés se corresponde con la primacía concedida a la experiencia visual a la hora de estudiarlo y conocerlo. Era el suyo por tanto un punto de vista predominantemente morfológico, que le aproxima también a los planteamientos de la geografía moderna. En ambos casos pueden aplicarse los comentarios de Vincent Berdoulay a propósito de esta perspectiva geográfica: las formas visibles, expresión del orden subyacente, son «el mejor medio de abordar la comprensión y la explicación del mundo», y de ahí la importancia adquirida por el método morfológico en la perspectiva científica decimonónica, llegando a utilizarse a menudo la fisonomía como «metáfora inspiradora» (Berdoulay, 2000: 33). En esta dirección se movió la geografía moderna y su modo de entender el paisaje, apoyado en la percepción visual de sus formas. Y esa fue también la dirección seguida por el paisajismo de Unamuno, igualmente basado en la visión directa de unas formas que abrían la puerta al conocimiento explicativo y comprensivo del paisaje.

Presta atención a las formas externas y visibles del paisaje, a sus configuraciones fisonómicas, y se interesa simultáneamente por sus componentes naturales y humanos, por las relaciones que éstos mantienen entre sí, y por la organización conjunta que resulta de todo ello. De manera que el paisaje es para Unamuno, lo mismo que para la geografía moderna, una unidad, un conjunto ordenado, la expresión de un orden geográfico. Y parecido sesgo muestran algunos de los razonamientos que desarrolla a propósito de la interpretación de los paisajes, como sucede, por ejemplo, cuando habla de las influencias y relaciones que cabe establecer entre sus características físicas y los grupos humanos que los habitan. Unamuno incorpora en este terreno con bastante fidelidad la perspectiva de la geografía moderna, es decir, la idea de que existe un orden natural que comprende al hombre, cuyas acciones y obras deben ser siempre entendidas en el marco de esa pertenencia.

En esa línea se mueven, por ejemplo, sus interpretaciones de la sociedad castellana tradicional de *En torno al casticismo*, sometida a la marcada influencia de las condiciones físicas: «en este clima extremado y sin tibiezas dulces —escribe—, de paisaje uniforme en sus contrastes, es el espíritu también cortante y seco, pobre en nimbos de ideas» (Unamuno, 1966: 815). Opiniones muy parecidas se encuentran en otros escritos suyos. En el primero de sus dos artículos titulados «Campaña agraria», de 1914, se puede encontrar un buen ejemplo de ello. Ofrece en él una acabada descripción de la caracterización geográfica de España, que trae inevitablemente a la memoria

las que ofrecieron el geógrafo Reclus y después algunos destacados regeneracionistas, en la que la presenta como «uno de los países más montañosos de Europa», con pendientes «rapidísimas» y ríos «encañonados en hondas hoces durante gran trecho de su curso y siempre en corriente rápida y abrupta», que hacen de la mayor parte de ella, la central, «una tierra en esqueleto», donde se alternan «unos ardores casi africanos» y «lluvias torrenciales que arrastran el mantillo». Esas «condiciones geológicas, geográficas y climatéricas» de la meseta central de España, esa «pobre base de sustentación humana» es la que explica, según Unamuno, su organización rural, «los hábitos pastoriles de trashumancia» y, a través de éstos, también «el vagabundeo y mucho de lo que encuentra expresión artística en nuestra antigua novela picaresca» (Unamuno, 1969: 557-558). En otro artículo anterior de contenido igualmente agrario —«La dehesa española», de 1899—, ya había advertido que había «un gran fondo de razón y no poco que aprender» en quienes achacaban a «las malas condiciones topográficas y climatéricas» de la meseta «el atraso en que viven los que la cultivan» (Unamuno, 1969: 403). Ese mismo año, Unamuno dijo, recordando la *Historia de Inglaterra* de Thomas Macaulay, que «podría explicarse lo más de nuestra historia por la posición geográfica y la contextura de nuestra Península» (Unamuno, 1969: 398).

Unamuno no dudaba de la importancia atribuible al papel jugado por las condiciones físicas en la organización y el funcionamiento de las sociedades directamente relacionadas con ellas. Su pensamiento se aproxima sensiblemente, también en este terreno, a la interpretación de la causalidad promovida a lo largo del siglo XIX por la geografía moderna, antes de abrirse, en los primeros años del siglo siguiente, a los puntos de vista del posibilismo. Fue la postura promovida inicialmente por Humboldt y Ritter, y secundada luego por destacados geógrafos como Reclus y Ratzel. Se puede decir, si se quiere, que Unamuno incorporó en sus escritos una perspectiva determinista, pero hay que añadir enseguida que el suyo fue un determinismo matizado, nunca rígido, semejante por ello al sostenido por los geógrafos modernos, que, como advirtió Manuel de Terán, afirmaron desde luego la primacía explicativa de los factores físicos o naturales respecto de los hechos humanos, pero lo hicieron de forma más razonada y menos simplista que quienes habían defendido posturas de signo determinista desde terrenos ajenos al de la geografía, como habían hecho, por ejemplo, Herder en el ámbito de la filosofía, o Thomas Buckle y Taine en el de la historia (Terán, 1957: 277-289). En esta línea se sitúa el pensamiento de Unamuno, y no estaría de más que cuando se hable de su determinismo, se tuviese en cuenta su verdadera caracterización, lejos de rigideces y simplismos, y se hiciese caso de la sensata recomendación de Azorín —«No exageremos, sin embargo»— a propósito de esa orientación determinista en los escritores del 98 (Azorín, 1982: 868).

Dentro de esa perspectiva, y también a semejanza de los geógrafos modernos, Unamuno reconoce, sin negar la primacía causal que acabamos de señalar, la existencia de influencias recíprocas entre el medio físico y los grupos humanos. La actitud del hombre frente a las condiciones naturales es activa, no pasiva, y se traduce, por mucha que sea la influencia de las primeras, en actuaciones que las modifican y hasta recrean. De ahí que, junto a su frecuente afirmación de la importancia de la influencia de las condiciones físicas y geográficas en la organización y el funcionamiento de los grupos humanos, Unamuno hable también en ocasiones de la que ejercen éstos en aquellas. En 1899, por ejemplo, hablando de esas influencias a propósito de la meseta castellana, advirtió que la población era «una función del suelo», del mismo modo que éste era al tiempo un producto de la primera: «El hombre y la tierra —añadió— se hacen mutuamente» (Unamuno, 1968a: 705). Poco después, en 1902, afirmó que la labor del hombre humanizaba la naturaleza, al tiempo que ésta naturalizaba «de rechazo y como en pago al hombre» (Unamuno, 1966: 59). Insistió más tarde, en 1912, en que «el hombre es el que hace la tierra en que vive» (Unamuno,

1969: 491), y luego, en 1915, en que la naturaleza «está humanizada por el hombre que la habita y la trabaja» (Unamuno, 1966: 433).

Las consideraciones de Unamuno sobre la caracterización geográfica de los paisajes que recorre —su modo de «hacer geografía», como él decía— se incluyen en sus relatos excursionistas. Conviene recordar que la narrativa de viajes o excursiones ha sido en numerosas ocasiones el modelo que ha utilizado el discurso de la geografía moderna, sobre todo, aunque no exclusivamente, cuando ha tratado del paisaje. La retórica del paisajismo geográfico moderno se apoyó en buena medida en los procedimientos de esa narrativa de viajes o excursiones (Ortega Cantero, 2013: 42-48), y Unamuno, al utilizar sus propios relatos de excursiones para exponer sus consideraciones sobre los rasgos físicos y humanos de los paisajes que iba conociendo, se acercaba también a los planteamientos retóricos suscritos por la geografía moderna para hablar de esos mismos aspectos. En uno y otro caso, se hacía geografía a través de la excursión y la consiguiente observación directa del paisaje, y se expresaba el resultado a través de un discurso escrito apoyado en los procedimientos retóricos de la modalidad narrativa que se mostraba más capaz de facilitar la comunicación de esa experiencia cognitiva.

Son muchas las muestras que ofrece Unamuno de esa manera de hacer geografía y comunicarla en el relato correspondiente, utilizando la figura del «personaje-observador», el viajero, y enunciados que expresan un «efecto de viaje», procedimientos que ayudan, como ha señalado Jean-Louis Tissier, a hacer de la lectura «una especie de viaje virtual» (Tissier, 2000). En su narración de la excursión de 1913 a las Hurdes —«notas de un curioso excursionista» las denomina—, hay acabados ejemplos de esa forma de proceder. «Después de Granadilla —escribe—, unas soledades henchidas de luz del cielo». Allí se encontraron con el madroño y el lentisco, con el romero y la retama, con la jara, «pebetero del desierto», y con «el torvisco, amargo como la vida de quien tiene que trabajar esa tierra». Pasaron después por el puerto del Gamo, donde había «castaños y olivos mezclados en no sé si amigable compañía» que le recordaron el Atlas geográfico en el que había visto «separadas por una línea la región del olivo y la del castaño», y por el Casar de Palomero, pueblo «atractivo», con dos médicos y dos fábricas de luz eléctrica, «con su fisonomía serrana» y «sus grandes balcones de madera para tomar el fresco», encaminándose desde allí, «montaña abajo», hacia Pinofranqueado, la capital de las Hurdes Bajas. Caminaron junto al río Ángeles, «al pie de las montañas peladas, vestidas no más que de brezo, helecho y matorrales bajos; montañas de perfiles suaves, redondeadas, que bajan, al parecer, mansamente a bañar sus pies en el agua; pero montañas recias y ásperas, madrigueras de bestias más que cunas de hombres». Y se adentraron en el paisaje característico de las Hurdes, que describe con buen pulso geográfico: «Los tesos, collados y montañas se entrelazaban unos con otros. En su disposición general forman las Hurdes tres hondos valles casi paralelos: el del río Esperabán, el del Fragosa y el del río Hurdano, sin contar el del río Ángeles; pero, dentro de esta traza, ¡qué intrincamiento de repliegues!» (Unamuno, 1966: 405-407).

Unamuno describe los principales componentes naturales del paisaje con bastante precisión, acudiendo incluso en ocasiones, para hablar de su caracterización y evolución, a algunas informaciones científicas. En Gran Canaria, por ejemplo, cuando se adentra a caballo en el valle de Tejeda —siguiendo un camino que «va por entre barrancas, donde a trechos cubre el suelo el humilde codeso», mientras «en hondonadas alzan sus cabezas frondosas el castaño y el nogal, y en calcinadas vertientes o entre rocas volcánicas prende tal cual miserable tabaiba»—, tras recordar las dramáticas imágenes de la génesis de aquellas formas volcánicas ofrecidas por Agustín Millares en su *Historia general de las Islas Canarias*, incluye las explicaciones de Saint-Claire Deville sobre

esa evolución geológica: «primeramente aparecieron al exterior las traquitas oligoclásticas —escribe—, con las tobas y conglomerados que les son afines, constituyendo el núcleo central», a las que después «siguieron los basaltos, llenando los puntos intermedios, y por último brotaron los mil y mil cráteres, cuyos conos cubren el archipiélago, inundándolo con sus lavas». Es la ciencia geológica, por tanto, la que explica «cómo se alzaron, entre violentísimas contorsiones y titánicas tempestades, estas islas del fondo del océano», y cómo luego «el agua, el agua lenta y terca, el agua persistente, el agua que no descansa, hacía su obra, completando la del fuego» (Unamuno, 1966: 316-317).

A la atención que presta a la caracterización geológica del paisaje se añade la que dedica a su vegetación. Como se ha advertido con razón, sumó a su «geología viva» la «pasión por las plantas», que conocía bien (Zulueta Artaloytia, 1988: 102). Y, a veces, haciendo gala de su curiosidad filológica, convergen su interés botánico y el que le despiertan los nombres locales. Buen ejemplo de ello es su detallada y solvente descripción de la «vegetación potente y propia de otras latitudes» de los Arribes del Duero: los «olivos ingeridos en *zambullo* o acebuche», las vertientes tapizadas de «oloroso tomillo, *flores de monte*, nardos», las matas de «gamonas, jaras, madroñeras, *anguelgues*, *jidigueras* o cornipedreras», el «bravío *joimbre*», y además, debidos a «la mano de hombre» que ha ido allí «a fomentar la naturaleza», los limoneros y los naranjos, que ofrecen su verde claro en los repliegues de los arribes, los almendros plantados en los escarpes, y, en fin, los olivos, que se alzan «en poyatas o tablas talladas en el terreno y sostenidas por paredones» (Unamuno, 1966: 621). Unamuno ofrece así descripciones de los componentes naturales del paisaje en las que se hermanan la calidad literaria y la visión geográfica, conformando de esa manera imágenes verdaderamente expresivas en ambos sentidos de la entidad paisajística considerada. La presentación de los Arribes del Duero que abre el relato de su excursión de 1902 es, en ese sentido, modélica:

Resquebrábase la meseta en hondos desgarrones, mostrando al descubierto sus berroqueñas entrañas, pedernoso cimientó de la ceñuda tablada de Castilla. El agua terca, que talla las rocas gota a gota con singular trabajo, ha ido carcomiendo su peñascoso lecho y buscando salida entre esguinces y revueltas. A la distancia nadie adivina el hondo tajo por donde el Duero corre; la ondulante llanada parece ir a perderse suavemente y sin solución alguna de continuidad en las estribaciones de la sierra de la Estrella, que cierran, hacia Portugal, el horizonte. En uno de los repliegues de ese terreno se ocultan los hondos tajos, las encrespadas gargantas, los imponentes *cuchillos*, los erguidos *esfayaderos*, bajo los cuales, allá en lo hondo, vive y corre el Duero, ya espumarajeando las rocas que aún no han cedido a su labor terca, ya precipitándose en desniveles, ya parándose un momento a descansar en angostos remansos; ya, por fin, zumbando bajo los peñascos, en las *espundias*. A trechos las paredes y escotaduras del tajo se adulcian, y se tienden las pendientes para recibir, sobre revestimiento de tierra, vegetación bravia y cuidados de cultivo (Unamuno, 1966: 617-618).

Al igual que los naturales, los componentes humanos del paisaje fueron también considerados por Unamuno. Su descripción de la vida y el trabajo en las Hurdes, por ejemplo, es una acabada muestra de ello, y también de su capacidad para conformar imágenes tan ajustadas como expresivas de la dimensión humana de ese paisaje. En sus «quebradas fragosísimas», en sus «abruptos barrancos», se han levantado «trabajosísimamente» los banales; hay muros de contención «para sostener un solo olivo, una sola cepa de vid»; se ven «canalillos en que se trae el agua de lejos y que hay que rehacer a cada momento», y «huertecillos enanos, minúsculos, cercados que parecen de juguete infantil»; y todo eso se ha hecho en «rudo combate contra una naturaleza madrastra», sin ninguna ayuda, «llevando a cuestras las piedras de la cerca o del banal, trasportando a pro-

pio lomo por senderos de cabras o entre pedregales sus cargas de leña o el haz de helecho para la cama» (Unamuno, 1966: 409). A veces se detiene en la caracterización de un pueblo y de sus habitantes, como sucede al hablar de Jaraíz, «el poblado mayor de la Vera de Plasencia, una villa serrana de unos 4.000 habitantes», por el que pasa camino de Yuste. Comenta la caracterización de su caserío, que muestra «el aspecto pintoresco de las poblaciones de sierra en el interior de España», con casas «de trabazón de madera», con «aleros voladizos» y «salientes y entrantes» que «rompen el perfil de la calleja» y hacen que se retuerza «como el cauce de un río que fuera culebreando». Y habla también de la vida «lenta y retirada» de la villa, de su enriquecimiento con la venta del pimentón, y de la organización social, con muy pocos jornaleros y mayoría de pequeños propietarios y aparceros entre quienes trabajan el campo. «Y como el aparcerero aspira a ahorrar para comprarse una pequeña propiedad, un pegujal —añade—, y el pegujalero aspira a ensanchar el suyo, de aquí el profundo sentir antisocialista de esa gente» (Unamuno, 1966: 479-480).

De ese modo, aunando la atención a los elementos naturales y humanos, conformó Unamuno, con notable aliento geográfico, sus penetrantes y expresivas imágenes del paisaje. En esa doble perspectiva perceptiva e interpretativa apoyó sus imágenes del paisaje. Resueltas con consumada maestría literaria, constituyen a menudo una certera representación de los rasgos geográficos predominantes del paisaje, de sus principales elementos y del resultado conjunto, unitario, de sus relaciones. Su imagen del valle de Pas —«todo austero recogimiento, de una paz triste»— ofrece un buen ejemplo en ese sentido: «Praderas de esmeralda, arboledas y entre ellas las cabañas de los pastores pasiegos, que parecen tumbas, con sus techos de pizarra. Una carretera en que crece la hierba, que serpentea en revueltas al pie del macizo del lomo de Pas, todo sombra y todo silencio. En el fondo corre el Pas, a que da alguna vez vida una cascada» (Unamuno, 1966: 284). Como lo ofrece igualmente la del paisaje descubierto al recorrer el camino —«un tormento para los pies y una delicia para los ojos»— de Cuacos a Jarandilla: «Frescura y verdor por todas partes. Corpulentos castaños encandelados, y por entre ellos algún torrente que baja saltando y rompiéndose en las rocas desde lo alto de la sierra. Una naturaleza risueña y amable, tal como suele ofrecérsenos en estas sierras de la meseta interior de España» (Unamuno, 1966: 267).

También se encuentran entre las mejores imágenes paisajísticas de Unamuno las que dedicó a Castilla. Al igual que su amigo Ignacio Zuloaga, destacado exponente en el terreno pictórico de la perspectiva de la generación del 98, cuyos paisajes emparentó Enrique Lafuente Ferrari con los suyos (Lafuente Ferrari, 1972: 270-273), Unamuno manifestó con claridad su predilección por el paisaje castellano. Afirmó que le producía «una más honda y más fuerte impresión estética la contemplación del páramo» que los «vallecitos verdes, que parecen de nacimiento de cartón»: no era él, desde luego, de los que preferían «una colinita verde, llena de arbolitos de jardín, a la imponente masa de uno de los grandes gigantes rocosos de la tierra» (Unamuno, 1966: 373). Cuando, llegado a Castilla, le hablaban de «la tristeza y fealdad» de su paisaje, «sin árboles ni arroyos», y lo comparaban con la belleza del de su tierra vasca, su respuesta era tajante: «prefiero este paisaje amplio, severo, grave, esta única nota, pero nota solemne y llena, como la de un órgano, a aquella sonata de flauta de tres o cuatro notas verdes, de un verde agrio» (Unamuno, 1966: 337). Esta perspectiva castellanista se manifestó por vez primera en uno de sus escritos de 1889 —«En Alcalá de Henares. Castilla y Vizcaya»—, cuando comparó ambos paisajes, el vasco y el castellano, y dijo preferir «esta sequedad severa a aquella frescura» (Unamuno, 1966: 127), y se desarrolló después plenamente, sobre todo a partir de su traslado en 1891, como catedrático de Griego de su Universidad, a la ciudad de Salamanca. El de Castilla fue, como señaló González Egido, «su paisaje, por antonomasia, el que verdaderamente puede llamarse unamuniano», incluyendo su montaña y su llanura, sus viejas ciudades y sus pueblos (González Egido: 2006, 18).

Pero no conviene olvidar, en aras de sus cualidades de otra índole, la notable dimensión geográfica de su visión del paisaje de Castilla. Jesús García Fernández señaló hace algún tiempo la pericia geográfica —habló de «perspicacia» y «conocimiento», y de «agudeza, intuición y profundidad»— mostrada por Unamuno a la hora de entender la caracterización de ese ámbito: percibió con claridad y exactitud «todos los elementos del complejo ecológico que configuran el paisaje de Castilla», señalando la entidad de uno de sus rasgos más característicos, «sus penillanuras, así como las diferencias litológicas más sobresalientes», y supo captar magistralmente las «relaciones entre la tierra y los grupos humanos que en ella viven», describiendo «sus pueblos, y el trabajo de sus hombres, con una precisión que pudiéramos decir geográfica», y llegando, en fin, en su percepción de ese paisaje, «al más alto nivel de expresividad» (García Fernández, 1985: 122-123 y 131). Entre las numerosas imágenes que ofreció en su obra del paisaje de Castilla, las de *En torno al casticismo*, deudoras en buena medida de las que había incluido antes en el escrito que acabamos de mencionar sobre Alcalá de Henares, resultan particularmente elocuentes. Conformó allí un cuadro verdaderamente expresivo —y dramático— de sus rasgos geográficos característicos, con el «clima extremado por ambos extremos», en el que «los grandes aguaceros y nevadas descargando en sus sierras y precipitándose desde ellas por los empinados ríos, han ido desollando siglo tras siglo el terreno de la meseta, y las sequías que los siguen han impedido que una vegetación fresca y potente retenga en su maraña la tierra mollar del acarreo», produciendo finalmente «campos ardientes, escuetos y dilatados, sin fronda y sin arroyos». Y todo ello se expresa en un paisaje que Unamuno describe con admirable maestría:

Recórrense a las veces leguas y más leguas desiertas sin divisar apenas más que la llanura inacabable donde verdea el trigo o amarillea el rastrojo, alguna procesión monótona y grave de pardas encinas, de verde severo y perenne, que pasan lentamente espaciadas, o de tristes pinos que levantan sus cabezas uniformes. De cuando en cuando, a la orilla de algún pobre regato medio seco o de un río claro, unos pocos álamos, que en la soledad infinita adquieren vida intensa y profunda. De ordinario anuncian estos álamos al hombre; hay por allí algún pueblo, tendido en la llanura al sol, tostado por éste y curtido por el hielo, de adobes muy a menudo, dibujando en el azul del cielo la silueta de su campanario. En el fondo se ve muchas veces el espinazo de la sierra, y al acercarse a ella, no montañas redondas en forma de borona, verdes y frescas, cuajadas de arbolado, donde salpiquen al vencido helecho la flor amarilla de la árgoma y la roja del brezo. Son estribaciones de huesosas y descarnadas peñas erizadas de riscos, colinas recortadas que ponen al desnudo las capas del terreno resquebrajado de sed, cubiertas cuando más de pobres hierbas, donde sólo levantan cabeza el cardo rudo y la retama desnuda y olorosa, la *ginestra contenta dei deserti* que cantó Leopardi. En la llanura se pierde la carretera entre el festón de árboles, en las tierras pardas, que al recibir al sol, que baja a acostarse en ellas, se le encienden de un rubor vigoroso y caliente (Unamuno, 1966: 808-809).

Hay otro aspecto de la visión del paisaje de Unamuno que merece la pena tener en cuenta: el uso frecuente de las panorámicas, también habituales en el paisajismo geográfico moderno, que ofrecían la posibilidad de trazar imágenes unitarias del paisaje que expresasen al tiempo la presencia de sus distintos componentes principales y las relaciones espaciales que mantienen, ayudando a captar las líneas maestras de su organización. Desde el alto del Rollo, por ejemplo, puede ver el «paisaje más espléndido» de los alrededores de Salamanca, una «extensa llanura, de suaves y amplias ondulaciones, quebradas por tal cual teso», como un «vastísimo tapiz, abigarrado de retazos ya verdes, ya rojizos, ya azulados», y con la Sierra de Gredos quebrando el horizonte, «como si el llano, al acabarse, se alzara al cielo en gigantesca oleada de espuma petrificada» (Unamuno,

1966: 60). Otros muchos altos, peñas y cumbres sirvieron a las intenciones panorámicas de su paisajismo: por ejemplo, la Peña de Francia, desde donde describe con detenimiento y precisión geográfica el amplio paisaje que se extiende a sus pies (Unamuno, 1966: 417-418); o la cumbre del Salvaguardia, junto a la Maladeta, que le permite dar cuenta, precisando situaciones, proximidades y lejanías, de los diversos elementos —la llanura bernesca, las lagunas que bordea un sendero, Bañeras de Luchón y Tarbes, «la procesión solemne de los gigantes de los Pirineos, la escuadra de las peladas cumbres», y «las tierras ásperas y bravías del Alto Aragón, el valle de Benasque»— que ve desde allí (Unamuno, 1966: 470); o las cimas del Pagazarri, donde es posible «gozar de un solemne panorama y ver en plano de relieve toda la ría y abra de Bilbao» (Unamuno, 1992a: 29).

### 3. Las cualidades simbólicas del paisaje

La dimensión descriptiva y explicativa del paisajismo de Unamuno, que acabamos de considerar, se complementa con su vertiente sentimental y comprensiva. Es ésta su faceta más subjetiva, en la que proyecta todo un mundo de sensaciones, impresiones y vivencias personales, que se resuelve a menudo en términos metafóricos y simbólicos. Él mismo se refirió, hablando de la encina, uno de los componentes vegetales a los que atribuyó mayor significación en ese sentido, de sus «meditaciones metafóricas y simbólicas» (Unamuno, 1969: 1465). Esta relación subjetiva con el paisaje, que recorre toda su obra y entraña a menudo altas dosis de compenetración con él, es inseparable del importante lugar que ocupó en todo momento la naturaleza en su horizonte sentimental e intelectual. Habló de esa importancia en diversas ocasiones, como cuando, a propósito de los años pasados en su Bilbao natal, aseguró que en la «incubación» de su espíritu influyeron tanto o más que las lecturas y el trato y las conversaciones con sus amigos sus paseos por los alrededores, sus subidas a las montañas cercanas y sus «internamientos en la espesura de Buya, entre las robustas y sosegadas hayas» (Unamuno, 1966: 1040).

Vio en la naturaleza, siguiendo la tradición de la modernidad romántica, un cúmulo de valores y cualidades presididos por la libertad. «Mientras el pecho se hincha de aire fresco y libre —escribió en sus *Recuerdos de niñez y de mocedad*, a propósito de sus paseos campestres juveniles—, adquiere el espíritu libertad, se desata de aquellos pensamientos y cuidados que como áncoras le retienen» (Unamuno, 1970: 136). Su sentimiento de la naturaleza, siempre activo y vigoroso, nació en el paisaje vasco de su infancia y de su juventud, que adquirió en su horizonte intelectual y vital un alto significado —aquellos paisajes, como señaló el propio Unamuno, le acompañaron a lo largo de su vida, formando «como el meollo, el tuétano de los huesos del alma misma» (Unamuno, 1966: 362)—, ejemplificando, como advirtió Antonio López Ontiveros, lo que señaló hace algún tiempo Douglas C. D. Pockock sobre la decisiva importancia de lo que denominó «early place» en la conformación de la percepción espacial (López Ontiveros, 2010: 89).

Con ese sentimiento de la naturaleza como piedra angular, el acercamiento al paisaje de Unamuno desplegó toda su vertiente subjetiva, sentimental y comprensiva. En este terreno, cuando se trataba, como él mismo decía, de «traducir artísticamente el paisaje», se situó más cerca de la «manera más virgiliana», dando cuenta de la emoción sentida ante él, que de quienes se contentaban con «describirlo objetiva y minuciosamente, a la manera de Zola o de Pereda, con sus pelos y señales todas» (Unamuno, 1966: 999). Estaba en contra de lo que denominó «descripcionismo» con ánimo despectivo: «no son los más diestros y fieles en describir un paisaje —añadió— los que mejor lo sienten, los que llegan a hacer del paisaje un estado de conciencia según la feliz expresión de Byron» (Unamuno, 1966: 338). Y éste fue precisamente su empeño —y su logro— en este or-

den de cosas: hacer del paisaje un estado de conciencia, compenetrándose con él y sintiendo sus cualidades, sus valores y sus significados.

Buscó, como él mismo decía, «la comunión íntima entre el mundo de fuera y el escondido en el lecho del alma», llegando a «la fusión de ambos» (Unamuno: 1966, 512). En la Peña de Francia, «a solas con la montaña, volvía mi vista espiritual de las cumbres de aquella a las cumbres de mi alma —escribió en uno de los relatos de sus *Andanzas y visiones españolas*—, y de las llanuras que a nuestros pies se tendían a las llanuras de mi espíritu» (Unamuno, 1966: 356). Al tiempo que ejercitaba en sus excursiones la mirada descriptiva y explicativa, desplegaba la mirada sentimental y comprensiva, dirigida a captar los rasgos inmateriales, las cualidades, los valores y los significados del paisaje. Y lo hizo con gran sensibilidad, con esa sensibilidad que, según Azorín, consumado paisajista también, le llevó «a escribir las páginas de paisaje acaso más finas que hayan salido de su pluma y que hayan sido escritas en castellano» (Azorín, 1969: 119).

Quería Unamuno captar el carácter del paisaje, su espíritu, o, como se ha dicho en ocasiones, su «alma» (Calzada, 1952: 66). Quería adentrarse en el sentido mismo del paisaje, en su más íntima personalidad, en sus significados más profundos. Este empeño, al que concedió una gran importancia, le acercaba también a la tradición del paisajismo geográfico moderno, cuyos mejores exponentes siempre permanecieron fieles a la doble orientación explicativa y comprensiva, racional y sentimental, marcada inicialmente por Humboldt. En la obra de Manuel de Terán se encuentran perspectivas paisajísticas que siguen claramente esa dirección, no lejana en realidad a la seguida por Unamuno: «la tarea más fina y sutil del geógrafo de la ciudad —escribió, por ejemplo, en su notas sobre la geografía de Calatayud, Daroca y Albarracín— consiste en interpretar el paisaje urbano, desentrañar el más profundo sentido de sus rasgos fisonómicos, captar la intimidad psicológica de la ciudad» (Terán, 1942: 179). Unamuno quiso también desentrañar el sentido profundo del paisaje, su intimidad, y en esa operación volcó, claro está, su propia subjetividad, el rico mundo de sus emociones, sentimientos, anhelos y expectativas de diversa índole, desde las nacionales y patrióticas hasta las filosóficas y religiosas.

Con frecuencia sus impresiones del paisaje se resuelven mediante imágenes metafóricas y poéticas (Zulueta Artaloytia, 1988: 102), que a menudo responden a «sensaciones visuales y auditivas que reflejan un estado de ánimo» (Martínez, 2001-2002, 340), y sintetizan, siempre con admirable maestría expresiva, su forma de percibirlo y sentirlo. El paraje que rodea La Flecha, junto al Tormes, le pareció, en su extrema sencillez, un paisaje «lírico» (Unamuno, 1966: 63). Y el del valle de Pas, con su austeridad y su recogimiento, «un paisaje musical, pero de música litúrgica, gregoriana, de pocas notas y ellas de órgano» (Unamuno, 1966: 284). En Fuerteventura —donde estuvo algunos meses de 1924 desterrado por Primo de Rivera—, dijo encontrar un paisaje «evangélico», al igual que su clima (Unamuno, 1966: 553), no un «paisaje de turistas», sino de «peregrinos del ideal ultraterrestre», de «romeros de la inmortalidad», y vio en la aulaga «la expresión más perfecta de la isla misma», de sus «entrañas volcánicas» y del «poso de su corazón de fuego» (Unamuno, 1966: 557).

Unamuno tuvo muy en cuenta el significado histórico del paisaje, su conexión con la historia y, lo que todavía le importa más, con lo que él denominó intrahistoria. Proyectó sobre el paisaje, como advirtió Pedro Laín Entralgo, «un sentimiento personal e histórico», y su horizonte paisajístico, como el de otros escritores del 98, incluyó «una idea de la historia que fue» y «un proyecto de la historia que podría ser» (Laín Entralgo, 1945: 27-29). Vio a menudo en las cualidades del paisaje un símbolo de la propia intrahistoria, la que discurre por debajo de los hechos históricos más

visibles y convencionales. En el valle del Nansa, cerca de Tudanca, por ejemplo, «todo es prehistórico —escribe—, o mejor, para decirlo con términos que puse en circulación, intrahistórico»: y en la «llanada palentina» de los Campos Góticos, «la historia, la epopeya, la leyenda romancesca, flotan sobre el haz de las aguas calladas del río de Jorge Manrique» (Unamuno, 1966: 522). En Ávila, en uno de los torreones de su muralla, sintió su alma henchida «de aliento de eternidad, de jugo permanente de la Historia», porque en esa ciudad —que «parece una ciudad musical y sonora»—, añade, «canta nuestra historia, pero nuestra historia eterna» (Unamuno, 1966: 276). Desde el puente de hierro de Zamora sobre el Duero, ante el agua que arrastra el poso de tierra vegetal hacia su desembocadura o hacia el mar, y ante la encina entre berruecos, en el terreno rocoso, se puede entender la caracterización del interior de España, «una meseta lavada y desollada por aguas seculares», y recibir de esa manera «una lección fundamental y preliminar de historia de España» (Unamuno, 1966: 629).

Figura 2. Miguel de Unamuno en La Flecha. Julio de 1934. Fotografía de José Suárez. Del paraje de La Flecha, en Salamanca, frecuentado y cantado por fray Luis de León, habló Unamuno en el primero de los textos de *Paisajes* (1902).



El paisaje expresa así simbólicamente lo histórico o intrahistórico, y por ello es necesario saber descifrar e interpretar los signos de ese modo de expresión. De ahí que Unamuno procurara «leer en las rayas» de su tierra española, «rastrear en la geografía la historia» (Unamuno, 1966: 706). Además, como «devoto peregrino de la Historia», se interesó también por los paisajes que, como Yuste, habían sido escenario de alguno de sus acontecimientos memorables (Unamuno, 1966: 478-480). Y por los que tenían algún significado literario: «Los lugares cantados por excelsos poetas y en que éstos pusieron el escenario de sus perdurables ficciones —escribió en el primero de sus escritos de su primer libro de paisajes, precisamente dedicado a hablar de uno de esos lugares, el paraje de La Flecha, cantado por fray Luis de León— son tan históricos como aquellos otros en

que ocurrieron sucesos que hayan salvado los mares del olvido» (Unamuno, 1966: 57). El valor simbólico del paisaje adquirió de esa manera en la obra de Unamuno dimensiones históricas y literarias notables, que contribuyeron a definir la amplitud cultural de su mirada sentimental y comprensiva.

Los significados metafóricos y simbólicos que Unamuno atribuyó al paisaje tuvieron su mejor expresión en las numerosas consideraciones que dedicó a Castilla, inscritas en una concepción de España que, como señaló Manuel García Blanco, se apoyó en el sentimiento de su paisaje, y, lejos de ser una postura libresca, nació y se insertó en la realidad geográfica viva de la patria (García Blanco, 1966: 7). El paisaje, que se corresponde fielmente con el paisanaje, expresa «el ser» de Castilla, su «esencia», que es a su vez expresión del ser y la esencia de España (Unamuno, 1966: 660). Los valores del paisaje de Castilla, que son también los de los castellanos, remiten simbólicamente a los que cimentaron la historia de España y la identidad colectiva surgida de ella. En Castilla encontró Unamuno no sólo la clave histórica de la identidad nacional, sino también la posibilidad de un renacimiento, de una regeneración de la nacionalidad decaída apoyada de nuevo en sus valores y cualidades. Como recordó en uno de sus escritos tardíos —«Por las tierras del Cid» fue su elocuente título—, en la «tierra pobre, con pobreza divina», de Castilla, la tierra que era, «cuando escribía Madoz, una de las que sostenían más escuelas», seguía habiendo signos de dinamismo que podrían ponerla otra vez al frente de la deseada recuperación nacional (Unamuno, 1966: 644).

De Castilla dijo en varias ocasiones que era toda cumbre —«en estas llanuras castellanas todo es cima» (Unamuno, 1966, 619)—, y dotó a sus elementos «de lugar, sentido y emoción singulares» (Laín Entralgo, 1945: 28). En alguna ocasión afirmó Unamuno que la patria «se revela y simboliza» en el paisaje (Unamuno, 1966: 706), y, en consecuencia, conectó simbólicamente en su obra las cualidades atribuidas a la primera y los rasgos y componentes del segundo. Vio en el paisaje de Castilla una revelación y un símbolo de España, con todas sus dimensiones históricas y todos sus valores característicos, y atribuyó significados simbólicos a sus principales componentes naturales y geográficos. Ramón Menéndez Pidal se refirió en cierta ocasión a «unos versos cidianos inéditos» que le mandó Unamuno, en los que, con «todo el vigor y la dureza» de su poesía, se dejaba sentir «la insistente presencia del Duero como expresión ideal de Castilla» (Menéndez Pidal, 1951: 10).

Esa valoración del río castellano —«padre Duero celtibérico» y «Santo Padre Duero» lo llamó en otras ocasiones (Unamuno, 1984: 232; 1966: 661)— se relaciona directamente con su idea de que «un río es algo que tiene una fuerte y marcada personalidad», y que el agua es «la conciencia del paisaje» (Unamuno, 1966: 330). Junto al Duero, la encina ocupa un lugar simbólico igualmente destacado en su imagen del paisaje castellano. Habló de «la grave encina, vestida siempre e inmóvil» (Unamuno, 1966: 61), de las «pardas encinas de Castilla», que presentó como «árboles solemnes», de follaje apretado, denso y perenne (Unamuno, 1966: 360), y se refirió también a las «robustas matriarcales encinas castellanas», que percibió como «símbolo y emblema secular del alma de esta tierra» (Unamuno, 1966: 640). Y asoció además la encina, reforzando así su expresividad simbólica, a las imágenes de Castilla ofrecidas por algunos destacados intérpretes del paisaje castellano: encinas «velazqueñas», encinas «quijotescas» (Unamuno, 1966: 640). E incluso identifica con ellas algunas cualidades de los personajes de la literatura castellana: «los hombres del *Poema del Cid* o los del *Romancero* son como encinas o como rocas, de recio leño o de piedra tierna» (Unamuno, 1966: 495).

Su visión metafórica y simbólica se tradujo en ocasiones en imágenes sintéticas, integradoras, de los paisajes considerados, entre las que se cuenta la que ofreció de la Pedriza de Manzanares, en la Sierra de Guadarrama, que constituye uno de los más logrados ejemplos en ese sentido. Allí se encaminó buscando la «mocedad» del río y la de Castilla la Nueva. Y en lo alto de la montaña, en la Pedriza, ante el «río naciente —y renaciente— que se remansa luego en el pantano de Santillana», tras atravesar «un campo escueto y sereno, aromoso a jara, tomillo y cantueso», sintió la íntima compenetración, la fusión de la naturaleza y la historia, las dos barajas con las que juega Dios. El pedregal de la Pedriza y el castillo de Santillana son expresiones paralelas y equivalentes de esas dos barajas. «Las ruinas del castillo —escribe— contemplan otras ruinas. Barájense las dos barajas. El castillo, gótico, castillo de Castilla, caballeresco, rima con la melancólica serenidad del campo». El castillo —emparentado con el otro castillo, el natural de los peñascos de la Pedriza—, «agobiado de recuerdos seculares», y las andanzas de su dueño, el marqués de Santillana, y la serrana de sus serranillas, que «se revuelcan a brazo partido, en tomillares», le llevan a pensar en la formación histórica de Castilla (y de España). «El país y la lengua —añade— también se revuelcan sobre la tierra de tomillos y jaras y espliegos y cantuesos y gamonas..., y hacen el paisaje y el lenguaje. El paisaje es un lenguaje, y el lenguaje es un paisaje». Y ambos se hermanan en La Pedriza y se dejan oír con claridad en el río que la recorre. El agua del Manzanares naciente «canta con acento castellano, latino, gótico y morisco, como el Fuero de Madrid», y al oír su canto «se le suben a uno de las entrañas de la tierra madre de España ocho siglos que le remozan a quien les oye con el corazón» (Unamuno, 1966: 593-595). Todas esas conexiones y correspondencias, que anudan naturaleza e historia, y paisaje y lenguaje, son las que cimentan su imagen de la Pedriza de Manzanares, verdaderamente modélica respecto de la originalidad y la hondura de su mirada metafórica y simbólica.

Esa visión de Unamuno se acentúa y ahonda en el paisaje de montaña, hacia el que mostró una muy marcada predilección. La ascensión a la montaña le reporta beneficios físicos y espirituales: al tiempo que «el cuerpo se limpia y restaura con el aire sutil de aquellas alturas», escribe, «el alma también se limpia y restaura con el silencio de las cumbres» (Unamuno, 1966: 351). Y esa ascensión supone, en primer lugar, además de un cierto esfuerzo físico, placeres directamente relacionados con el descubrimiento del paisaje. A medida que se asciende, «el sudor empieza a limpiarle a uno de las saburras de la vida ciudadana», y hay que pararse de vez en cuando «para ver lo ya subido y cobrar así fuerzas» (Unamuno, 1966: 290), pero también se siente un intenso placer, debido no sólo a la satisfacción que proporciona el darse cuenta del progreso del ascenso y al «deleite de desplegar energía para dominar al coloso», sino también a «la variedad de paisajes que van desenvolviéndose a medida que se asciende» y a «la incesante aparición de nuevos términos y perspectivas que preparan el gusto de la visión final» (Unamuno, 1992a: 29). Y después, acabada la ascensión, se llega a esa esperada visión final, «la visión de las cimas de silencio y de paz y de olvido» (Unamuno, 1966: 350).

Las montañas adquirieron metafóricamente en la perspectiva de Unamuno una notable importancia como elementos vertebradores, organizadores, del conjunto geográfico español, y también, al tiempo, como expresión simbólica de los mejores valores culturales y morales de sus paisajes. Macpherson había dicho, algunos años antes, que la Cordillera Central era «la verdadera columna vertebral de la Península Ibérica» (Macpherson, 1883: 358), y Giner, poco después, había llamado «espina dorsal de España» a su Sierra de Guadarrama (Giner de los Ríos, 2004: 795). Con ese mismo lenguaje metafórico, Unamuno ve las montañas como «el rocoso esqueleto de España», como «las entrañas óseas de la patria» (Unamuno, 1966: 537). Y la metáfora de corte biológico se concreta al acercarse a las distintas unidades de ese conjunto montañoso: de la Cor-

dillera Cantábrica dijo que servía de «cabezal» a España (Unamuno, 1966: 521); de la Ibérica, que era el «costillar de la Península» (Unamuno, 1966: 645); habló del «espinazo central entre las cuencas del Duero y del Tajo» (Unamuno, 1992b: 72); y en Fuerteventura, se refirió al «esqueleto de tierra», a las «entrañas rocosas que surgieron del fondo de la mar, ruinas de volcanes», a la «rojiza osamenta atormentada de sed» (Unamuno, 1966: 554).

En la Sierra de Gredos concentró Unamuno buena parte de su predilección por el paisaje de montaña. Fue precisamente allí, «en las alturas de Gredos», donde recibió, en palabras de Marianne Cardis, «la plenitud de la revelación de España» (Cardis, 1953: 81). Gredos era, según Unamuno, la «columna dorsal de Castilla» (Unamuno, 1966: 637), su «Sierra matriz» (Unamuno, 1966: 570), el «espinazo de España» (Unamuno, 1966: 645), y era además «lo eterno», la expresión y el símbolo «de la eternidad, de lo que dura por debajo de la historia, de lo que no vive, sino que vivifica» (Unamuno, 1966: 571). La imagen de Gredos adquirió así en la obra de Unamuno tintes nacionales y religiosos muy marcados: dijo que era «el verdadero corazón de Castilla, un corazón desnudo, todo roca», y añadió que había que ascender a su cumbre para «recibir el sacramento de la confirmación de la Patria» (Unamuno, 1992b: 73).

Unamuno atribuyó a la montaña un destacado significado religioso, y vio en ella, como advirtió Milagro Laín al comentar el verso en que la definía como «gonce de la eternidad», la puerta que separa lo terrenal de lo divino: «La montaña es aquello sobre lo que gira (es decir, el gonce o gozne) la imaginaria puerta que separa la tierra y el hombre de la eternidad, esto es, de Dios», y de ahí que sea precisamente en la montaña donde «el hombre se encuentra a sí mismo», y desde donde «adivina a Dios», o, dicho en otros términos, donde «la experiencia de Dios» le lleva «al sentimiento de sí mismo» (Laín, 1959: 95). Y Unamuno conectó directamente ese horizonte religioso y simbólico con el patriótico y nacional en su visión —y revelación— de la Sierra de Gredos. «Viendo ceñir los relámpagos a los picachos de Gredos —escribió, recordando una tormenta nocturna que le sorprendió durmiendo en lo alto de la montaña— se me reveló el Dios de mi patria, el Dios de España, como Jehová se les reveló a los israelitas tronando y relampagueando en las cimas del Sinaí. La revelación de Dios baja de las montañas» (Unamuno, 1966: 285). De ese modo, en fin, atribuye Unamuno al paisaje de la montaña de Gredos un alto valor simbólico, que aúna estrechamente la dimensión religiosa y la patriótica y nacional, y que expresa su modo de entender las claves de la identidad de Castilla y de España.

Así se conformó y expresó, en suma, la visión del paisaje de España en la obra de Unamuno. Apoyado, como hemos comentado, en un punto de vista geográfico bastante competente, y contando con una sensibilidad perceptiva y comprensiva muy notable y con una gran calidad literaria, ofreció imágenes tan penetrantes como valiosas de los paisajes españoles, y en particular del de Castilla, atendiendo tanto a sus rasgos físicos y naturales, a sus formas visibles, como a sus valores y cualidades. Aunó para ello, incorporando el horizonte paisajístico de la geografía moderna, la perspectiva racional y explicativa, por un lado, y la perspectiva sentimental y comprensiva, por otro. Y se adentró en las dimensiones metafóricas y simbólicas del paisaje, conectando, directamente o a través de ciertas mediaciones de signo religioso, los significados que le atribuyó en ese sentido con sus ideas y expectativas de signo patriótico y nacional. Relacionó así estrechamente el paisaje, inseparable de sus habitantes, del paisanaje, con la historia y con la identidad nacional, colectiva, surgida de ella. Su visión del paisaje español, su modo de entenderlo, con su atención a los puntos de vista geográficos, ofrece un acabado y muy valioso ejemplo del paisajismo literario de la generación del 98. Y ofrece también, en fin, una muestra elocuente de la notable proyección cultural que tuvo en España la perspectiva paisajística de la geografía moderna.

## 4. Bibliografía

- Ardila, J. A. G. (2004). «Los caracteres nacionales según *En torno al casticismo* de Unamuno». *Cuadernos de la Cátedra Miguel de Unamuno*, 39, 81-105.
- Azorín (1969). «Unamuno». En *La generación del 98*. Introducción de Ángel Cruz Rueda. Salamanca: Anaya, 117-119.
- Azorín (1982). *Madrid* [1941]. En: *Obras selectas*. Madrid: Biblioteca Nueva, 839-906.
- Berdoulay, Vincent (2000). «Le milieu, entre description et récit. De quelques difficultés d'une approche de la complexité». En: Berdoulay, Vincent y Soubeyran, Olivier (Dir.). *Milieu, colonisation et développement durable. Perspectives géographiques sur l'aménagement*. Préface d' Anne Buttimer. París y Montreal: L'Harmattan, 25-37.
- Berdoulay, Vincent y Saule-Sorbé, Hélène (1998). «La mobilité du regard et son instrumentalisation. Franz Schraeder à la croisée de l' art et de la science». *Finisterra*, XXXIII (65), 39-50.
- Besse, Jean-Marc (2010). «La fisionomía del paisaje: de Alexander von Humboldt a Paul Vidal de la Blache». En: *La sombra de las cosas. Sobre paisaje y geografía*. Edición de Federico López Silvestre. Traducción de Marga Neira. Madrid: Biblioteca Nueva, 115-137.
- Calzada, Jerónimo de la (1952). «Unamuno, paisajista». *Cuadernos de la Cátedra Miguel de Unamuno*, 3, 55-80.
- Cardis, Marianne (1953). «El paisaje en la vida y en la obra de Miguel de Unamuno. Castilla y 'lo intelectual'». *Cuadernos de la Cátedra Miguel de Unamuno*, 4, 71-83.
- Cosgrove, Denis E. (1979). «John Ruskin and the Geographical Imagination». *Geographical Review*, 69 (1), 43-62.
- Daniels, Stephen (2011). «Geographical imagination». *Transactions of the Institute of British Geographers*, 36 (2), 182-187.
- Fox, E. Inman (1988). «El año de 1898 y el origen de los 'intelectuales'». En: *Ideología y política en las letras de fin de siglo (1898)*. Madrid: Espasa-Calpe, 13-23.
- García Blanco, Manuel (1966). «Introducción». En: Unamuno, Miguel de. *Obras completas. I. Paisajes y ensayos*. Madrid: Escelicer, 5-36.
- García Fernández, Jesús (1985). *Castilla (Entre la percepción del espacio y la tradición erudita)*. Prólogo de Felipe Ruiz Martín. Madrid: Espasa-Calpe.
- García Mercadal, José (1929). *Propios y extraños (Vida literaria)*. Madrid: s. n. (Est. tip. Saez Hermanos).
- Giner de los Ríos, Francisco (2004). «Paisaje» [1886]. En: *Obras selectas*. Edición de Isabel Pérez-Villanueva Tovar. Madrid: Espasa Calpe, 792-801.
- González Egido, Luciano (2006). «Introducción». En: Unamuno, Miguel de: *Andanzas y visiones españolas*. Madrid: Alianza, 7-46.
- Hudson, Brian J. (1982). «The Geographical Imagination of Arnold Bennett». *Transactions of the Institute of British Geographers*, 7 (3), 365-379.
- Humboldt, Alejandro de (1874-1875). *Cosmos. Ensayo de una descripción física del mundo*. Traducción de Bernardo Giner y José de Fuentes. Madrid: Imprenta de Gaspar y Roig, Editores, 4 tomos.
- Jones, Lawrence (1987). «Thomas Hardy and the Cliff without a Name». En: Mallory, William E. y Simpson-Housley, Paul (Eds.). *Geography and Literature. A Meeting of the Disciplines*. Syracuse, NY: Syracuse University Press, 169-184.
- Juaristi, Jon (2012). *Miguel de Unamuno*. Madrid: Taurus y Fundación Juan March.
- Juliá, Santos (2000). «La charca nacional: visión unamuniana de España en el fin de siglo». En: Flórez Miguel, Cirilo (Coord.). *Tu mano es mi destino. Congreso Internacional Miguel de Unamuno*. Salamanca: Universidad de Salamanca, 235-246.
- Lafuente Ferrari, Enrique (1972). *La vida y el arte de Ignacio Zuloaga*. Madrid: Revista de Occidente, 2ª ed. corregida y aumentada.
- Laín, Milagro (1959). «Aspectos estilísticos y semánticos del vocabulario poético de Unamuno». *Cuadernos de la Cátedra Miguel de Unamuno*, 9, 77-115.
- Laín Entralgo, Pedro (1945). *La generación del noventa y ocho*. Madrid: s. n. (Diana, Artes Gráficas).
- Legendre, Maurice (1927). *Las Jurdes. Étude de géographie humaine*. París: E. De Boccard.
- Litvak, Lily (1973). «Ruskin y el sentimiento de la naturaleza en las obras de Unamuno». *Cuadernos de la Cátedra Miguel de Unamuno*, 23, 211-220.

- López Ontiveros, Antonio (2010). Valor, significado e identidad del campo y de los paisajes rurales españoles según Unamuno». En: Ortega Cantero, Nicolás, García Álvarez, Jacobo y Mollá Ruiz-Gómez, Manuel (Eds.). *Lenguajes y visiones del paisaje y del territorio*. Madrid: Universidad Autónoma de Madrid, Universidad Carlos III de Madrid y Asociación de Geógrafos Españoles, 79-108.
- Macpherson, José (1883). «Sucesión estratigráfica de los terrenos arcaicos de España». *Anales de la Sociedad Española de Historia Natural*, XII, 341-378.
- Martel, Emile (1964-1965). «Lecturas francesas de Unamuno: Senancour». *Cuadernos de la Cátedra Miguel de Unamuno*, 14-15, 85-96.
- Martínez, Alejandro (2001-2002). «El Paisaje en Unamuno: metáfora de España». *Revista Canadiense de Estudios Hispánicos*, XXVI, 1-2, 337-349.
- Martínez de Pisón, Eduardo (1973). «Un texto geográfico. 'En la montaña', de Azorín». En: Alarcos, Emilio, y otros. *El comentario de textos*. Madrid: Castalia, 416-431.
- Martínez de Pisón, Eduardo (2012). *Imagen del paisaje. La Generación del 98 y Ortega y Gasset*. Prólogo de Helio Carpintero. Madrid: Fórcola.
- Menéndez Pidal, Ramón (1951). «Recuerdos referentes a Unamuno». *Cuadernos de la Cátedra Miguel de Unamuno*, 2, 5-12.
- Ortega Cantero, Nicolás (2002). «Paisaje e identidad nacional en Azorín». *Boletín de la Asociación de Geógrafos Españoles*, 34, 119-131.
- Ortega Cantero, Nicolás (2007). «Lectura geográfica del paisajismo literario de la generación del 98». En Paül i Carril, Valerià y Tort Donada, Joan (Eds.). *Territorios, paisajes y lugares. Trabajos recientes de pensamiento geográfico*. Cabrera de Mar: Asociación de Geógrafos Españoles y Galerada, 281-297.
- Ortega Cantero, Nicolás (2012). «Los valores del paisaje: la Sierra de Guadarrama en el horizonte de Francisco Giner y la Institución Libre de Enseñanza». En García-Velasco, José y Morales Moya, Antonio (Eds.). *La Institución Libre de Enseñanza y Francisco Giner de los Ríos: nuevas perspectivas. 2. La Institución Libre de Enseñanza y la cultura española*. Madrid: Fundación Francisco Giner de los Ríos y Acción Cultural Española, 673-711.
- Ortega Cantero, Nicolás (2013). «Excursionismo y retórica excursionista en la tradición geográfica moderna». En: Paneque Salgado, Pilar y Ojeda Rivera, Juan Francisco (Eds.). *El viaje en la geografía moderna*. Sevilla: Universidad Internacional de Andalucía y Asociación de Geógrafos Españoles, 33-51.
- Ortega Cantero, Nicolás y García Álvarez, Jacobo (2006). «La visión de España en la obra de Élisée Reclus: imagen geográfica y proyección política y cultural». *Ería*, 69, 35-56.
- Paul, Alec (1987). «Russian Landscape in Literature: Lermontov and Turgenev». En: Mallory, William E. y Simpson-Housley, Paul (Eds.). *Geography and Literature. A Meeting of the Disciplines*. Syracuse, NY: Syracuse University Press, 115-131.
- Pérez de la Dehesa, Rafael (1966). *Política y sociedad en el primer Unamuno, 1894-1904*. Madrid: Ciencia Nueva.
- Pocock, Douglas C. D. (1981). «Place and the novelist». *Transactions of the Institute of British Geographers*, 6 (3), 337-347.
- Pocock, Douglas C. D. (1988). «Geography and literature». *Progress in Human Geography*, 12 (1), 82-102.
- Prince, Hugh C. (1962). «The Geographical Imagination». *Landscape*, 11, 22-25.
- Roberts, Stephen G. H. (2007). *Miguel de Unamuno o la creación del intelectual español moderno*. Traducido del inglés por María José Martínez Jurico. Salamanca: Universidad de Salamanca.
- Sarduy, Severo (1972). «El barroco y el neobarroco». En: Fernández Moreno, César (Coord.). *América Latina en su literatura*. México D. F.: Siglo Veintiuno Editores, 167-184.
- Terán, Manuel de (1942). «Calatayud, Daroca y Albarracín. Notas de Geografía urbana». *Estudios Geográficos*, III (6), 163-202.
- Terán, Manuel de (1957). «La causalidad en Geografía humana. Determinismo, posibilismo, probabilismo». *Estudios Geográficos*, XVIII (67-68), 273-308.
- Tissier, Jean-Louis (2000). «Le voyage, filigrane du *Tableau de la géographie de la France*?». En Robic, Marie-Claire (Dir.). *Le Tableau de la géographie de la France de Paul Vidal de la Blache. Dans le labyrinthe des formes*. París: Comité des travaux historiques et scientifiques, 19-31.
- Tort i Donada, Joan (2006). «Paisaje y vida. A propósito del universo geográfico-literario de Josep Pla». En: López Ontiveros, Antonio, Nogué, Joan y Ortega Cantero, Nicolás (Coords.). *Representaciones culturales del paisaje. Y*

*una excursión por Doñana*. Madrid: Universidad Autónoma de Madrid y Asociación de Geógrafos Españoles, 121-148.

- Tort i Donada, Joan (2010). «El concepto de paisaje en Joan Maragall: una lectura desde la geografía». En: Ortega Cantero, Nicolás, García Álvarez, Jacobo y Mollá Ruiz-Gómez, Manuel (Eds.). *Lenguajes y visiones del paisaje y del territorio*. Madrid: Universidad Autónoma de Madrid, Universidad Carlos III de Madrid y Asociación de Geógrafos Españoles, 109-119.
- Unamuno, Miguel de (1966). *Obras completas. I. Paisajes y ensayos*. Introducciones, bibliografías y notas de Manuel García Blanco. Madrid: Escelicer.
- Unamuno, Miguel de (1968a). *Obras completas. III. Nuevos ensayos*. Introducciones, bibliografías y notas de Manuel García Blanco. Madrid: Escelicer.
- Unamuno, Miguel de (1968b). *Obras completas. IV. La raza y la lengua*. Introducciones, bibliografías y notas de Manuel García Blanco. Madrid: Escelicer.
- Unamuno, Miguel de (1969). *Obras completas. VII. Meditaciones y ensayos espirituales*. Introducciones, bibliografías y notas de Manuel García Blanco. Madrid: Escelicer.
- Unamuno, Miguel de (1970). *Obras completas. VIII. Autobiografía y recuerdos personales*. Introducciones, bibliografías y notas de Manuel García Blanco. Madrid: Escelicer.
- Unamuno, Miguel de (1984). «Páramos y pantanos» [1935]. En: *Ensueño de una patria. Periodismo republicano 1931-1936*. Edición y prólogo a cargo de Víctor Ouimette. Valencia: Pre-Textos, 230-232.
- Unamuno, Miguel de (1992a): «En Pagazarri» [1893]. En: Núñez, Diego y Ribas, Pedro. *Unamuno. Política y filosofía. Artículos recuperados (1886-1924)*. Madrid: Fundación Banco Exterior, 29-31.
- Unamuno, Miguel de (1992b): «Hay una Castilla serrana...» [1915]. En: Núñez, Diego y Ribas, Pedro. *Unamuno. Política y filosofía. Artículos recuperados (1886-1924)*. Madrid: Fundación Banco Exterior, 72-73.
- Zulueta Artaloytia (1988). «Vocación viajera y entendimiento del paisaje en la generación del 98». En: Gómez Mendoza, Josefina y otros. *Viajeros y paisajes*. Madrid: Alianza, 89-106.

## Sobre los autores

### NICOLAS ORTEGA CANTERO

Catedrático de Geografía Humana de la Universidad Autónoma de Madrid, y miembro fundador del Instituto del Paisaje de la Fundación Duques de Soria de Ciencia y Cultura Hispánica, cuyos Seminarios de investigación ha dirigido o codirigido desde 2003. Ha sido también presidente, entre 2007 y 2015, del Grupo de trabajo de Historia del Pensamiento Geográfico de la Asociación de Geógrafos Españoles. Ha llevado a cabo diversos estudios sobre la concepción moderna del paisaje y su introducción y desarrollo en España, considerando las diversas dimensiones científicas y culturales implicadas en el proceso.